

Hojitas de Fe

Sed imitadores míos

272

5. Fiestas del Santoral

Purificación que sufren las almas del Purgatorio

Cada año la Iglesia vuelve a proponernos, en el mes de noviembre, el recuerdo de las almas del Purgatorio; como buena Madre de todos los fieles, no puede olvidarse de estos sus hijos especialmente necesitados de socorro, e implora en favor de ellos sufragios y oraciones, a fin de que se vea aliviada e incluso concluida su terrible expiación. Para nosotros, que somos los invitados a ofrecer ayuda a estos nuestros hermanos, muy útil nos será considerar el gran misterio del Purgatorio, misterio de expiación, es cierto, pero misterio de la expiación realizada por la Caridad misma de Dios, Caridad que se vale tanto de la Justicia como de la Misericordia.

Misterio, decimos, de la Caridad de Dios: ya que Dios quiere hacer a estas almas enteramente semejantes a El, a su Santidad, a su vida divina; y así su Caridad, ese Bien difusivo de Sí que quiere darse totalmente, tiene la bondad de destruir en el alma todo lo que la hace desemejante a Ella, todo lo que supone un estorbo a esta plena comunicación y unión, todo lo que sea una mancha, una sombra, un egoísmo contrario a la Caridad.

Misterio de una Caridad que se vale de la Justicia: pues el pecado, y las reliquias que el pecado dejó en el alma, reclaman una rectificación, una reparación, una expiación, que es todo lo mismo; y esta expiación ha de ser según el número y la condición de las faltas cometidas, y sobre todo de su arraigo en el alma; todo lo cual viene regulado por la Justicia infinita de Dios. Las primeras en reconocer cuán justo es lo que padecen, son las propias almas sumergidas en el dolor de esa expiación.

Misterio de una Caridad que se vale también de la Misericordia: ya que, de no poder ofrecer esa expiación, no podrían estas almas entrar a poseer eternamente a Dios. Por eso, ellas mismas son las primeras en agradecer a Dios esa nueva oportunidad de purificarse y de limpiarse, haciéndose aptas para la visión de la divina esencia, que desean con todas sus fuerzas y de la que están perfectamente aseguradas.

La purificación que han de sufrir las almas del Purgatorio es equivalente a la que habrían realizado en esta vida si hubieran sido todo lo generosas que debieron ser con Dios. Por este motivo, aunque podríamos distinguir en el Purgatorio muchísimas moradas, esto es, muchos grados distintos de purificación, según lo que cada alma debe a la Justicia divina, podemos resumirlas todas a tres principales etapas:

- *El Purgatorio inferior, o Gran Purgatorio, donde las almas son purificadas de modo análogo a como lo son en esta vida las que están en la VÍA PURGATIVA.*
- *El Purgatorio medio, donde las almas sufren una purificación semejante a la de la VÍA ILUMINATIVA.*
- *Y el Purgatorio superior, o Antesala del cielo, donde las almas, casi perfectamente unidas a Dios por la caridad, se purifican como las almas que en esta vida se hallan en la VÍA UNITIVA, preparándose al abrazo con la divina esencia.*

De este modo el paso de la vida de la gracia a la vida de la gloria no se realiza en forma de un salto brusco, sino de una transición paulatina. Consideremos, pues, cada una de estas tres etapas purificadoras.

1º El Purgatorio inferior.

La primera etapa de purificación que debe sufrir un alma, según haya sido su adelanto espiritual en la vida presente, es el Purgatorio inferior, que correspondería a la etapa de purificación propia de la *vía purgativa*, esto es, la purificación a base de desapego total del pecado, y de eliminación de las pasiones y tendencias desordenadas que conducen al pecado.

Las almas que se han salvado, pero que apenas o muy poco han combatido en esta vida por liberarse de las cadenas del pecado, van directamente a este primera etapa del Purgatorio, que es una purificación dolorosísima, por cuanto deben ofrecer a Dios una expiación por todos los pecados cometidos en esta vida. Para ello se hallan como sumergidas en una esperanza seca y aridísima, en una dolorosa pero serena confrontación con la Santidad infinita de Dios.

Estas almas, en su ardua purificación, empiezan por quedar embargadas de un marcadísimo sentimiento de la Majestad de Dios, a quien ofendieron por sus pecados, y un conocimiento perfecto de sus miserias y de todos los desórdenes de su vida. Se encuentran allí como aplastadas, descubriendo el pecado en su gravedad, en sus efectos, en sus implicaciones. A la vista de ello el alma queda como inmóvil: contempla a la vez la Justicia de Dios que se ejerce sobre ella, y la Misericordia de Dios, que le ha concedido salvarse.

Por eso, la Caridad de Dios, que las purifica, las entrega a una soledad casi absoluta, que consiste: • en no sentir el amor que Dios les tiene, aunque se saben amadas de El; • en no percibir los sufragios de los santos y de los justos de esta vida, aunque saben que no están totalmente abandonadas de la Iglesia; • en no poder interceder por las demás almas, desconocedoras como son de todo lo que no es su propia miseria y las exigencias de la Santidad de Dios (a ellas se aplica sobre todo lo que enseña Santo Tomás, que estas almas no están en condiciones de rezar por otros, sino sólo de que se rece por ellas); • en no saber en absoluto cuánto tiempo durará su permanencia en ese estado, resignándose en eso a la pura Voluntad de Dios.

Con todo, estas almas gozan de grandísimos consuelos, como son, entre otros: • el saberse definitivamente salvadas, con una certeza absoluta y pacificadora; • el sentir

de vez en cuando unos como ecos y luces lejanas de lo que es el cielo, y de la oración que la Iglesia ofrece por todas ellas; • sobre todo, el sentirse radicalmente conformadas con la Voluntad divina, a cuyos designios adhieren plenísimamente, por muy dolorosos que les sean.

2º El Purgatorio medio.

Cuando un alma ya ha sido intensamente purgada en todo lo que se refiere a los apegos tenidos hacia el pecado, pasa al Purgatorio medio, que es la etapa de purificación equivalente a la de la **vía iluminativa**. De haber realizado esta purificación en la tierra, estas almas se habrían visto conformadas profundamente a la vida y enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, y centradas totalmente en El. Por este motivo, estas almas empiezan a tener ya conocimientos mucho más claros sobre Dios, y su consolación interior crece, aunque también su dolor de purificación, por el mayor deseo que tienen de Dios.

Los sufrimientos de estas almas se han ido refinando, puesto que, al crecer la caridad, es un sufrimiento ya más de amor: • sienten estas almas cómo Dios las atrae hacia Sí, pero no pueden aún acercarse a El, de manera que se produce en ellas el desgarraimiento entre sentirse atraídas tan firmemente, y verse aún apartadas de quien así desean; • se muestran continuamente sumisas a la Voluntad divina, a la que agradecen este desgarro, este fuego, estas purificaciones, sin preocuparse ya en lo más mínimo de la duración en intensidad de sus sufrimientos, pues su deseo es exclusivamente glorificar a Dios y responder a las exigencias de su Santidad; • aman, oran y expían con amor, sin tener ya la capacidad ni el deseo de preguntar nada a Dios, de tan conformadas que están con su Voluntad.

También son muy intensos los consuelos que Dios brinda a estas almas, de modo que pueden decir, con San Pablo, que «abundan de gozo en medio de sus tribulaciones». En efecto: • ante todo, se mantienen en la presencia continua de Dios, en un sentimiento consolador de sus infinitas misericordias para con ellas; • tienen de Dios, y especialmente de Nuestro Señor Jesucristo, conocimientos mucho más precisos, ya que se ven como reproduciendo más perfectamente la imagen de Cristo en sus almas, y se sienten asociadas a sus disposiciones interiores; • aunque son purificadas, son también iluminadas, por lo que pueden conocer los sufragios que les llegan ya tanto de parte de la Iglesia militante como de la Iglesia triunfante; • y así, son ya capaces de interceder por nosotros, en la medida de los designios de Dios.

3º El Purgatorio superior.

Cuando Dios encuentra a estas almas ya suficientemente purgadas y preparadas, pasan a la tercera etapa de su purificación, la Antesala del Cielo, que equivaldría entre nosotros a la de la **vía unitiva**, esto es, a la que sufren los mayores santos en esta vida. En esta tercera etapa, como en ellos, la caridad ha logrado ya prevalecer tanto entre las demás actitudes de estas almas benditas, que ya es, por así decir, la única disposición que las anima. Y esto es lo que hace también que su sufrimiento sea más intenso, aunque a la vez más agradable a Dios, y que

produzca en ellas los últimos retoques, las últimas preparaciones y adaptaciones para poder ver a Dios.

Los sufrimientos de estas almas son tan intensos, que no somos capaces de comprenderlos; sólo podrían entenderlos las almas totalmente cautivadas del deseo de glorificar a Dios, aun a costa de compartir los mayores sufrimientos que se puedan padecer en esta vida. De este modo se ven configuradas muy particularmente a la pasión y a los dolores de Cristo, pero animadas por la misma caridad que ardía en el Corazón de Nuestro Señor. Y así: • se ven perfectísimamente embargadas por el Amor de Dios, que las atrae y se comunica a ellas con sobreabundancia; y ellas responden con ardor, y sienten más que nunca cómo se alarga su destierro, y padecen de ardientes deseos, de una sed vehemente, de ver por fin al Dios a quien tanto aman; • sienten como una agonía o languidez de amor por no poder glorificarlo como El lo merece, ya que sólo lo lograrán en el cielo.

Los consuelos que Dios les comunica son asimismo tan grandes, que no los hay mayores después de la visión beatífica. Pueden contarse los siguientes: • perciben claramente el Amor de Dios, sus dones, sus caricias, sus manifestaciones; • contemplan continuamente a su ángel de la guarda, que está a su lado incitándolas a un incesante gozo y acción de gracias; • son favorecidas con las visitas de los Santos, especialmente de sus santos Patronos y de San José, el Arcángel San Miguel, y sobre todo de la Virgen María; • con tantos dones divinos, estas almas casi participan de las liturgias celestiales, cuyos esplendores y armonías perciben en todo momento; • están muy iluminadas sobre la situación y las necesidades de la Iglesia militante, y rezan a Dios por nuestras intenciones, pidiendo por nosotros la mayor gloria de Dios, y mostrando una gran solicitud por nosotros.

Conclusión.

Tales son algunas de las luces sobre el misterio del Purgatorio, que es una de las manifestaciones más claras de la voluntad que Dios tiene de santificarnos, y de hacerlo según nuestras propias disposiciones. La vida de la gracia debería transformarse gradual y paulatinamente en la vida de la gloria; y si esta transformación no se realiza en esta vida, la misericordia de Dios dispone que se haga en la otra por las expiaciones del Purgatorio.

Recemos, pues, por las almas del Purgatorio, para aportarles los auxilios que la Iglesia quiere asegurarles durante este mes de noviembre; pero al mismo tiempo pidámosles que nos concedan las disposiciones tan perfectas que las animan a ellas: sentimiento profundo de la majestad de Dios y de la gravedad del pecado, profunda compunción por todos los pecados e infidelidades, deseos de conformarse perfectamente con Nuestro Señor Jesucristo y sus virtudes, y amor de Dios llevado hasta el olvido de sí mismo, y hasta la búsqueda constante y primordial de la gloria de Dios.